

El eco de las voces muertas: epopeya, gran juego y tragedia en
“La Araucana” de Alonso de Ercilla*

Gilberto Triviños
Universidad de Concepción

Pablo Neruda precisa bellamente el significado primordial de *La Araucana* en la cultura chilena: “El inventor de Chile, don Alonso de Arcilla, iluminó con magníficos diamantes no sólo un territorio desconocido. Dio también la luz a los hechos y a los hombres de nuestra Araucanía (...) Siqueiros representó la Conquista en la figura de un gran centauro. Ercilla mostró al centauro acribillado por las flechas de nuestra araucanía natal. El renacentismo invasor propuso un nuevo establecimiento: el de los héroes. Y tal categoría la concedió a los españoles y a los indios, a los suyos y a los nuestros. Pero su corazón estuvo con los indomables”. Puede pensarse que este texto nerudiano se inscribe sin más en la tradición discursiva que transfigura a ls La Araucana en la *Ilíada* o *Eneida* que los chilenos respiran sin saberlo. “Nosotros, los indios” representa, sin embargo, una inflexión radical dentro del relato nacional chileno. Revela precisamente lo ocultado por la *verdad* que dicho relato hegemónico hace circular: los chilenos no *respiran* realmente a Ercilla. Se han encargado, por el contrario, de disminuir hasta apagar el fulgor diamantino de la Epopeya:

La épica grandeza, que como una capa real dejó caer Ercilla sobre los hombros de Chile, fue ocultándose y menoscabándose. A nuestros fantásticos héroes les fuimos robando la mitológica vestidura hasta dejarles un poncho indiano raído, zurcido, salpicado por el barro de los malos caminos, empapado por el antártico aguacero (...) La Araucana

* Este artículo forma parte del proyecto MECESUP UCO 0203 (“Fortalecimiento de la calidad y la innovación en la formación de Doctores en Literatura Latinoamericana) y del Grupo de Investigación 03.F2.05 de la Dirección de Investigación Universidad de Concepción.

está bien, huele bien. Los araucanos están mal, huelen mal. Huelen a raza vencida. Y los usurpadores están ansiosos de olvidar o de olvidarse. En el hecho, la mayoría de los chilenos cumplimos con las disposiciones y decretos señoriales: como frenéticos arribistas nos avergonzamos de los araucanos. Contribuimos, los unos, a extirparlos y, los otros, a sepultarlos en el abandono y en el olvido. Entre todos hemos ido borrando La Araucana, apagando los diamantes del español Ercilla (Neruda 1978:272).

El libro que no sólo es un poema sino un camino, dice Neruda, lo es porque da a Europa y América épica, pero también humanismo. Los chilenos recuerdan y celebran el legado épico de Ercilla porque La Araucana está bien, huele bien. Unos y otros, en cambio, hacen desaparecer, “como corresponde”, el *otro* legado del poema.. Pablo Neruda cifra este “significado clandestino” del poema con la palabra *humanismo*. Jaime Eyzaguirre lo llama *la gran conquista* del caballero cristiano: “el amor al enemigo, que es una de las buenas puertas para llegar a Dios” (Hispanoamérica del dolor). Los nombres de la *suprema lección* de la epopeya varían, pero designan la misma verdad devastadora de la instalación feliz de Ercilla en la historia del Nuevo Mundo, la misma imposibilidad de conciliar la naturaleza del gran arte con la índole inhumana del colonialismo (Cueva).

Como los nuestros, hasta allí cristianos,
que los término lícitos pasando,
con crueles armas y actos inhumanos
iban la gran victoria deslustrando;
que ni al rendirse, puestas ya las manos,
la obediencia y servicio protestando,
bastaba a aquella gente desalmada
a reprimir la furia de la espada

Así el entendimiento y pluma mía,
aunque usada al destrozo de la guerra,
huye del grande estrago que este día
hubo en los defensores de su tierra;
la sangre, que en arroyos ya corría
por las abiertas grietas de la sierra,
las lástimas, las voces y gemidos
de los míseros bárbaros rendidos

.....

Quisiera aquí despacio figurarlos
Y figurar las formas de los muertos;
Unos atropellados de caballos,
Otros los pechos y cabeza abiertos,
Otros que era gran lástima mirarlos
Las entreñas y sesos descubiertos,

Vieran otros deshechos y hechos piezas,
Otros cuerpos enteros sin cabezas (La Araucana, Cantos XXV y XXXII).

El relato del conquistador así despojado de todos los velos del mito occidental que transfigura la guerra en reino de lo noble, de lo justo y de lo bello es, pues, *otra cosa* que un canto a la gloria universal de España, *algo más* que una forma de evasión por un mundo bellamente idealizado (Villalobos). No es el poema del nacimiento épico de una nación sino la escritura estremecida, perturbada, de una violencia fundadora que los poderes coloniales y republicanos intentan borrar de las “clarísimas estrofas” de la *Iliada* de Chile. Los conquistadores no asaetearon vivo a Caupolicán, dice, por ejemplo, Diego de Rosales en la *Historia General del Reino de Chile, Flandes indiano*. Porque recibió la fe y pidió ser bautizado sólo le dieron garrote y después de muerto le tiraron los amigos algunas flechas al corazón. El tropismo que borra de este modo la significación profundamente crítica del poema *del nacimiento trágico* de Chile no es sorprendente. Se trata, por el contrario, del cumplimiento de la verdad irrecusable que Derrida, en El siglo y el perdón seguido por Fe y saber (Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 2003), denomina la ley del olvido de la violencia fundadora: “Todos los Estados-nación nacen y se fundan en la violencia (...) Su momento de fundación, el momento instituyente, es anterior a la ley o a la legitimidad que él instaura. Es, por lo tanto, *fuera de la ley*, y violento por eso mismo. (Se) podría ilustrar esta verdad abstracta con documentos terroríficos, y procedentes de las historias de todos los Estados, los más viejos y los más jóvenes. Antes de las formas modernas de lo que se llama, en sentido estricto, el ‘colonialismo’, todos los Estados (me atrevería incluso a decir, sin jugar demasiado con la palabra y la etimología, todas las *culturas*), tienen su origen en una agresión de tipo *colonial*. Esta violencia fundadora no es sólo olvidada. La fundación se hace *para* ocultarla; tiende por esencia a organizar la amnesia, a veces bajo la celebración y la sublimación de los grandes comienzos” (ob. cit., pág. 36). *La Araucana*, que el autor del Mal de archivo llamaría sin duda testimonio terrorífico de la violencia fundadora, anterior a la legitimidad que ella instaura en el Reino de Chile, transgrede de modo radical la norma del olvido constitutiva de toda fundación. No escribe para olvidar la violencia del origen sino para recordarla: “Quisiera aquí despacio (...) figurar las formas de los muertos” (Canto XXXII). La “gran conquista” de Ercilla en el Nuevo Mundo devastado por el tropismo genocida del colonialismo es precisamente su triunfo sobre la mayor de las tentaciones: la tentación del olvido de “la mucha sangre derramada” en la Araucanía

Pero el texto que subvierte escandalosamente la necesidad de olvidar o sublimar la violencia fundadora no agota, con todo, su significación en el descubrimiento de la escisión, de la fractura que separa abismáticamente a “bárbaros” y “cristianos” en el Reino de Chile, ni consume toda su política de la memoria en el testimonio de la índole antihumana de la guerra de conquista con fines coloniales. No se agota, asimismo, en la misericordia “justa” por las atroces escenas de “las lástimas, las voces, los gemidos / de los bárbaros rendidos”. Su fuerza de perturbación dentro de la escritura del nacimiento de Chile se despliega con la misma intensidad en otros espacios textuales que los monopolizados por Lautaro, el héroe sublime por antonomasia del mito araucano, o Caupolicán, el bárbaro cuya bella transfiguración en mártir es el mayor indicio del “maravilloso fruto de la comprensión de que Ercilla hizo objeto al hombre autóctono de Chile” (Concha).

La borradura de estos otros puntos de caos de *La Araucana* es perceptible incluso en los estudios mejor empeñados en la “justa valoración” del poema. Es el caso, por ejemplo, de “Observaciones acerca de *La Araucana*” de Jaime Concha (Estudios Filológicos N° 1, 1965, pp. 63-80), de gran interés para reconstituir la historia de los intentos de “efectivo análisis” de la estructura de un poema del que “ni siquiera los elementos mínimos del contenido han sido precisados”. Tres episodios son fundamentales, en esta lectura, en la composición narrativa de la epopeya de Ercilla: la muerte de Pedro de Valdivia (Canto III), la de Lautaro (Canto XIV) y la de Caupolicán (XXXIV). De algún modo, afirma Jaime Concha, la estructura de *La Araucana* se organiza sobre esta trinidad de muertes de los personajes protagónicos: “La primera, la del jefe español, que no cumplió con el deber cristiano encomendado a su pueblo, cayendo en el pecado capital de codicia; la segunda, corresponde a la de un indio que sí cumplió con el deber guerrero y patriótico de su pueblo, pero nada más. En cambio, Caupolicán representa la conjunción sintética del deber libertario de Arauco y el ideal cristiano. En efecto, luego de adherir al mensaje evangélico, el jefe indio muere transfigurado en mártir: empalado y asaeteado.” (Concha 1965:71). No sólo eso. La distribución de esta trinidad de muertes podría interpretarse en el sentido del predominio narrativo de Caupolicán (“Dobla el espacio que suman los otros dos”), cuyo martirio evoca significativamente la pasión misma del Crucificado. La secuencia de las muertes de los protagonistas otorga, en efecto, una disposición equilibrada a la sucesión de los cantos de *La Araucana*. La serie señalada está, sin embargo, incompleta, porque falta en ella la muerte de Galvarino, figura fundamental, por lo demás para vislumbrar la significación crítica de *La*

Araucana dentro de lo que considero el primer *gran relato* legitimante del proyecto moderno de occidentalización del mundo: la epopeya. La serie cuádruple de muertes no invalida, con todo, el hallazgo del conato de unificación de la materia narrativa, pero el epicentro de las significaciones cambia radicalmente. Se desplaza, en efecto, desde Caupolicán, “conjunción sintética del deber libertario de Arauco y el ideal cristiano”, a Lautaro y Galvarino, los bárbaros infernales que mueren resistiendo con encono la dominación.

¿Por qué unos “héroes araucanos” son “sublimes” en la literatura, el mito, la historia y la leyenda mientras que otros parecen ser silenciados o exaltados a regañadientes?. Ahí, en el lugar más luminoso del panteón nacional, están Lautaro, Caupolicán, Colo Colo, Rengo y Tucapel. No sucede lo mismo, en cambio, con Galvarino. Su borradura de la historia general del Flandes Indiano (Rosales), su desvalorización por sutiles mecanismos (Oña) o su ubicación en un lugar secundario en nuestro panteón heroico hacen pensar en una especie de inconfesada renuencia a su glorificación. Samuel Lillo, por ejemplo, lo incluye dentro de los “héroes araucanos” del poema, pero con una inflexión significativa. Galvarino no pertenece al grupo de los máximos *cíclopes* araucanos. El bárbaro obstinado de *La Araucana* y *Arauco Domado* disuena profundamente en esta sublimación de la violencia fundadora de Chile. Y no porque huele a “raza vencida”, como todo araucano lo es para los chilenos, según Neruda, sino por la *inimicicia* sin respeto ni miedo de la muerte. “Rencorosa indignación”, justamente, que lleva a Lillo a separarlo de la figura radiante de Lautaro, “nuestro padre”: “Es notable también, aunque menos vigoroso que el de Lautaro, el discurso de Galvarino. No es un clarín de batalla, sino la expresión dolorosa de la patria cautiva, el grito de un pueblo esclavizado por extranjeros codiciosos, lo que palpita en sus versos sonoros y sentidos. Hay en esta arenga más odio que patriotismo, más espíritu de venganza que anhelo de libertad” (Lillo, ob.cit., 1928, pág. 75). Galvarino no merece, pues, estar en el número de los nuevos héroes de Homero simplemente porque lo que hace y dice no es materia propia de la epopeya. La paradoja es suprema, por no decir patética. Los intelectuales del siglo XIX y XX, Bello y Lillo entre ellos, celebran a los héroes de *La Araucana* al mismo tiempo que borran todo lo que altera o perturba su lectura como bella memoria de una guerra “sin vencedores ni vencidos”, como narración de batallas cuyo resultado es “una maravillosa unión, el nacimiento épico de un nuevo pueblo hecho con la sangre hispana y la sangre india” (Fernando Alegría).

La función disolvente del relato de la doble muerte (suplicio y ahorcamiento) de Galvarino adquiere significación plena dentro del tablero de la violencia dibujado por los fines trágicos de los personajes principales. El bárbaro que Lillo se rehúsa a poner entre los héroes mayores de La Araucana muere sin pedir merced y maldiciendo a sus verdugos. Notorio contraste con Pedro de Valdivia y Caupolicán, que mueren pidiendo clemencia. Tiene, asimismo, tiempo para hablar, lo que lo diferencia radicalmente de Lautaro. No hay palabras finales del restaurador de Arauco. Sólo una instantánea de su instante postrero: “del rostro la color se le retrujo, / los ojos tuerce y, con rabiosa pena, / la alma del mortal cuerpo desatada / bajó furiosa a la infernal morada” (Canto XIV). Existe, con todo, una afinidad secreta entre estas muertes ubicadas textualmente entre las de Valdivia (Canto III) y la de Caupolicán (Canto XXXIV). Puede decirse, en este aspecto, que los relatos de muerte situados en el centro narrativo de La Araucana son realmente testimonios gemelos de la verdad que el mito colonial del *arauco domado* y el republicano de la *pacificación definitiva* de la Araucanía se encargan de silenciar: la verdad de la fuerza de la cólera como “íntimo motor” de resistencia anticolonial aún allí donde ella parece imposible: la muerte. Ercilla no oculta esa fuerza inquietante, no la borra de su escritura, pero se distancia radicalmente de los así airados. Los estudiosos de La Araucana han destacado el magnífico tributo de la poesía representado por el increíble engrandecimiento de la figura de Caupolicán. El acercamiento del martirio del héroe indígena al calvario del máximo modelo humano del mundo cultural del poeta testimonia, según Concha, un “maravilloso fruto” de la comprensión de que Ercilla hizo objeto al hombre autóctono de Chile (“El otro nuevo mundo”, en Varios, *Homenaje a Ercilla*, Universidad de Concepción, 1969, pág. 65). Los relatos de los fines *rabiosos* de Lautaro y Galvarino cifran el proceso simétricamente inverso, esto es, el momento de la máxima *lejanía* entre el poeta europeo y los “bárbaros valientes” del Sur del Mundo. Paradójicamente, sin embargo, son estas secuencias de *incomprensión, de extrañeza* las que dotan a La Araucana de su mayor fuerza perturbadora, de su mayor poder de revelación.

La pasión de Caupolicán (traición, prendimiento, suplicio, muerte) *copia* la pasión de Cristo (Concha). El relato de Galvarino, su doble invertido (prendimiento, suplicio, liberación, nuevo prendimiento, muerte), no tiene, por el contrario, equivalente en las ficciones arquetípicas grecolatinas o cristianas. El narrador del horror hiperbólico cifrado en la furia homicida del mutilado descubre, no obstante, un gemelo de su violencia

indescriptible. Tal *copia* existe fuera del reino humano. Es la *encarnizada bestia fiera* evocada en las últimas octavas del Canto XXII.

Los lugares del “maravilloso fruto de la comprensión” de Ercilla son, sin duda, un “magnífico tributo de (la) poesía” a los obstinados defensores de su tierra, pero también lo son aquellos espacios narrativos que aprehenden, temen y describen lo que en ellos es inasimilable, incomprensible e incluso impensable. Esa alteridad radical, precisamente, que La Araucana revela como el epicentro mismo del terror colonial: el que ella ejerce sobre ese mundo con su misma existencia y el que este mundo ejerce sobre ella, aniquilándola. Los estudiosos de La Araucana, yo mismo entre ellos, mencionan constantemente la cuarta estrofa del Canto XXXII como cifra de la fuerza crítica del poema. No han advertido empero el significado fundamental de un lugar también dominado por la figura del bárbaro que el inventor de Chile admira y teme a la vez. Es la estrofa veinticinco del Canto XXVI. No (re) crea un mito como el de la transfiguración del “estado indómito” de Chile en territorio que produce la gente “más belicosa” del Nuevo Mundo (“Venus y Amor aquí no alcanzan parte / sólo domina el iracundo Marte”). Es, por el contrario, el descubrimiento del *juego trágico*. El Gran Juego nunca antes revelado por otro “bárbaro” o “pagano” de la poesía épica grecolatina, medieval o moderna:

“¡Oh gentes fementidas, detestables,
indignas de la gloria de este día!
hartad vuestras gargantes insaciables
en esta aborrecida sangre mía,
que aunque los fieros hados variables
trastornen la araucana monarquía,
muertos podremos ser, mas no vencidos,
ni los ánimos libros oprimidos...” (Canto XXVI, La Araucana, ed.cit., pág. 359).

Aquí, en este Canto XXVI, no en otro, se inscribe lo que parece ser realmente la *verdad suprema* conquistada por Ercilla en el Nuevo Mundo: “de una parte, el Otro siempre está muerto; de la otra, es indestructible”. Poder de la idea, poder de los hechos, leemos en La transparencia del mal de Baudrillard (Barcelona, Editorial Anagrama 1991:156). Poder también de la literatura, revelan las voces airadas de los bárbaros muertos en el *poema-camino* que no silencia el terror que la otredad irreductible, inasimilable, produce y a la vez se despliega sobre ella.

La poesía épica, como muchos se complacen en repetirlo, parece ser un género muerto del cual hoy se puede hablar únicamente en forma de réquiem, de lamento por lo irreparablemente perdido. Lo es, sin duda, cuando se consume en la celebración de las

hazañas de “varones ilustres” en las “felices tierras” donde mandan reyes (Castellanos). No lo es, sin embargo, cuando se lee, tras los velos del mito de la *pacificación definitiva* del bárbaro, la única forma de epopeya posible en América Latina: la resistencia anticolonial: *muertos podremos ser, mas no vencidos, / ni los ánimos libres oprimidos*”. La revelación del Gran Juego en el poema de Ercilla encuentra aquí su significación más inquietante. *La Araucana* no es el *monumento* de un pasado anacrónico, mítico, legendario ni la prestigiosa huella chilena de un “género muerto, perteneciente a otra época”. Es, por el contrario, un recuerdo ardiente del presente y del futuro. Profecía de nuestra propia época en el *medium* de las fatalidades pasadas. Creo, en este sentido, que lo que Walter Benjamin llama “débil fuerza sobre la cual el pasado reclama derecho”, o “tiempo-ahora en que están regadas astillas del tiempo mesiánico”, es la *fuerza del espectro* cifrada en las figuras airadas de Lautaro y Galvarino. La metáfora del fantasma, dice Raúl Marrero-Fente en su fascinante estudio sobre el fantasma en la epopeya del Nuevo Mundo, nos brinda la posibilidad de que regrese a nosotros la enorme riqueza de los poemas épicos escritos durante los siglos XVI y XVII, sin los cuales el conocimiento de la historia literaria de América Latina es incompleto (*Epica, imperio y comunidad en el Nuevo Mundo. Espejo de paciencia de Silvestre de Balboa*, Salamanca, Editorial SEIAS 2002, pág. 50). Así es, en efecto, dicen las voces de los “bárbaros” muertos de *La Araucana* cuyos espectros regresan en *Poema de Chile* de Gabriela Mistral, *Canto General* de Pablo Neruda, *Pasión y epopeya de Halcón Ligero (Lautaro)* de Benjamín Subercaseaux, *Lautaro* de Isidora Aguirre, *Se ha despertado el ave de mi corazón* de Leonel Lienlaf o *Memorial de la noche* de Patricio Manss. Esas mismas voces airadas, testimonian, asimismo, que lo espectral, lo que “no se puede enmarcar, constreñir, detener, agotar” (Marrero-Fente), es realmente mucho más que una simple metáfora, imagen, representación o alegoría de la poesía épica misma como género que se olvida y silencia, pero que retorna y persiste en otros géneros. Eso que reaparece, aunque no en la forma de “sombra muda”, como Huitzel promete regresar a Quetzal en *Nuevo Mundo y conquista* de Francisco de Terrazas (“adonde estés vendré / no tengas duda, espíritu desnudo y sombra muda”), es precisamente “el ser-ahí de un ausente, de un desaparecido” del que no se sabe lo que es, si precisamente es, “si existe, si responde a algún nombre y corresponde a alguna esencia”. Ni ídolo, ni simulacro, ni ícono, sino *algún otro* que es invisible entre sus apariciones y que desafía “tanto a la semántica como a la ontología, tanto al psicoanálisis como a la filosofía”. Esa Cosa que no es una cosa y “nos mira y nos ve no verla incluso cuando está ahí”. Es el espectro del rey asesinado en

Hamlet de Shakespeare, pero también el fantasma de *Poema de Chile*, el bello libro de Gabriela Mistral que re-enuncia, cuatro siglos después de *La Araucana*, la “suprema lección” aprendida por el poeta soldado en la ensangrentada tierra del Sur del Mundo. Esa “gran conquista” no es otra que la verdad del Gran Juego en la nación que proclama la *pacificación definitiva* de la Araucanía:

-Di cómo se llaman, dilo.

-Hasta su nombre les falta.
Los mientan “araucanos”
y no quieren de nosotros
vernos bulto, oírnos habla.
Ellos fueron despojados,
pero son la Vieja Patria,
el primer vagido nuestro
y nuestra primera palabra.
Son un largo coro antiguo
que no más ríe y que no canta.
Nómbrela tú, di conmigo:
brava-gente-araucana.
sigue diciendo: cayeron.
di más: volverán mañana

(“Araucanos”, *Antología Mayor, Poesía*, Santiago, Cochrane, 1992: 598).

Cayeron.... Volverán mañana. Los ecos más inquietantes de las voces de los muertos de *La Araucana* no se encuentran, con todo, en los textos de Gabriela Mistral, Pablo Neruda, Benjamín Subercaseaux, Fernando Alegría, Isidora Aguirre o Patricio Manss. Están en un lugar inconcebible en el relato nacional chileno. Me refiero a *Se ha despertado el ave de mi corazón* del mapuche Leonel Lienlaf. La figura intolerable es en este caso el héroe del siglo XVI que Neruda llama *nuestro padre*. No, sin embargo, el “bárbaro valiente” mandado a la “infernial morada” por el narrador de *La Araucana*, ni el héroe sublime que los intelectuales de los siglos XIX y XX ponen en el lugar más luminoso del *nacimiento épico* de la nación chilena, sino su espectro, su espíritu que “no muere jamás, (que) siempre está por aparecer y por (re)aparecer” (Derrida, *Los espectros de Marx*, Valladolid, Editorial Trotta, 115). La revelación de la regla del mundo tiene aquí su expresión más perturbadora en la historia de las re-apariciones del género declarado muerto por Bajtín (Marrero-Fente). El bárbaro cuya alma desciende rabiosa a su morada infernal, no el “cristiano” que aprehende, teme y describe su cólera en *La araucana*, testimonia con su reaparición, con su llamado, la regla misma del Gran Juego:

EL ESPIRITU DE LAUTARO

Anda cerca de la vertiente
bebiendo el agua fresca
y grita en las montañas
llamando a sus guerreros.

El espíritu de Lautaro
camina cerca de mi corazón
mirando
escuchando
llamándome todas las mañanas

Lautaro viene a buscarme,
a buscar a su gente
para luchar con el espíritu
y el canto.

Tu espíritu Lautaro
anda de pie
sobre esta tierra.

La Araucana, en efecto, no es un poema, sino un camino. Un camino para *aprender a vivir por fin* en la sociedad que se niega a admitir la existencia de gente diferente. Esa *política de la memoria* que exigen los muertos de la conquista. y los espectros más inquietantes de las reescrituras contemporáneas de *La Araucana*: “lo que sucede entre dos, entre todos los dos que se quiera, como entre vida y muerte, siempre precisa, para mantenerse, de la *intervención* de algún fantasma. (Aprender) a vivir *con* los fantasmas. (Vivir) de otra manera. Y mejor. No mejor: más justamente. Pero con ellos. No hay *ser-con* el otro, no hay *socius* sin este *con-ahí* que hace al *ser-con* en general más enigmático que nunca. Y ese *ser-con* los espectros sería también, no solamente pero sí también, una *política* de la memoria, de la herencia y de las generaciones” (Derrida, pág. 12). María Zambrano descubre en *La tumba de Antígona* que la hija de Edipo, la virgen que no ha muerto como en la *Antígona* de Sófocles, delira y continuará delirando mientras la historia que exige sacrificio no se pliegue a la luz vivificante de la utopía de la ciudad *no cercada* por la muerte. Así también las voces airadas de los “bárbaros” muertos en la poesía épica del Nuevo Mundo. Sus espectros no

cesarán de (re)aparecer mientras las naciones latinoamericanas, entre ellas la que se empecina en borrar las “clarísimas estrofas” que le dieron nacimiento, no descubran que la alteridad radical resiste a todo (“a la conquista, al racismo, al exterminio, al virus de la diferencia, al psicodrama de la alienación”) y que ninguna justicia parece posible o pensable sin un principio de *responsabilidad*, más allá de todo *presente vivo*, con aquello que desquicia el presente vivo, con los fantasmas de los que aún no han nacido o de los que han muerto ya, “víctimas o no de guerras, de violencias políticas o de otras violencias, de exterminaciones nacionalistas, racistas, colonialistas, sexistas o de otro tipo” (Derrida, pág. 13). Los espectros de la poesía épica del Nuevo Mundo, entre ellos, que nos interpelan “ahí donde la justicia aún no está, aún no *ahí*”.

Hay que hablar *del* fantasma, incluso *al* fantasma y *con* él, dice Derrida, desde el momento en que ninguna ética, ninguna política, ninguna justicia, parecen posible ni pensable si no reconoce como su principio el respeto por esos otros que no son ya o por esos otros que no están todavía ahí, presentemente vivos, tanto si han muerto ya, como si todavía no han nacido. Hay *espíritus*, en efecto, y es preciso contar con ellos. No se puede no deber. No se debe no poder contar con ellos, que son más de uno: el *más de uno*” (Derrida, pág. 14). *Más de uno...* Conocemos, por lo menos, los nombres de cuatro de estos espectros (Alonso de Ercilla, Galvarino, Lautaro, Gabriela Mistral) y su revelación escandalosa: “los hombres no quieren, no, / ver que marchan con fantasmas, / aunque así van por las rutas / y viven en sus moradas” (*Poema de Chile*). Su testimonio de la indestructibilidad del otro: “Sigue diciendo: cayeron. / Di más: volverán mañana”. Su luz de luciérnaga que parece dar sentido a la pregunta “¿dónde mañana?”. Su llamado a resistir con obstinación la fatalidad de lo mismo y la semejanza. Su secreto que puede desatar el nudo trágico del Gran Juego en América Latina. La mujer-fantasma de *Poema de Chile* lo cifra en la palabra *compaña*. *Compañía* entre dos pueblos, “entre todos los *dos* que se quiera”, igualmente soberanos, absolutamente extraños, pero absolutamente cómplices. Bello *fruto* utópico que *La Araucana*, el libro que no es poema sino un camino que nos empeñamos en borrar, vislumbra dolorosamente en el tiempo mismo del sonido y la furia colonial: “La mucha sangre derramada ha sido / (si mi juicio y parecer no yerra) / la que de todo en todo ha destruido / el esperado fruto de esta tierra” (Canto XXXII). Esa exigencia *imposible y necesaria a la vez* que los espectros de los *otros*, condenados a la reducción y al olvido en el análisis, la memoria y la historia, nos recuerdan con impertinencia *sobre esta tierra, ahora mismo*, caminando “*cerca de (nuestro) corazón, “mirando / escuchando / llamándonos todas las mañanas”* (Lienlaf): aprender a vivir por

fin de otra manera, “y mejor. No mejor: más justamente”, con los *otros* que hoy plantean al orden social, pero también al orden político y al orden biológico, un problema irresoluble:

En aquel tiempo, el mundo de los espejos y el mundo de los hombres no estaban, como ahora, incomunicados. Eran, además, muy diversos; no coincidían ni los seres ni los colores ni las formas. Ambos reinos, el especular y el humano, vivían en paz; se entraba y se salía por los espejos. Su fuerza era grande, pero al cabo de sangrientas batallas las artes mágicas del Emperador Amarillo prevalecieron. Este rechazó a los invasores, los encarceló en los espejos y les impuso la tarea de repetir, como en una especie de sueño, todos los actos de los hombres. Los privó de su fuerza y de su figura y los redujo a meros reflejos serviles. Un día, sin embargo, sacudirán ese letargo mágico (...) Gradualmente diferirán de nosotros, gradualmente no nos imitarán. Romperán las barreras de vidrio o de metal y esta vez no serán vencida” (Borges, “Animales de los espejos”, *El libro de los seres imaginarios*).

La Araucana y *Poema de Chile* y *El libro de los seres imaginarios* y *El crimen perfecto* y *Se ha despertado el ave de mi corazón*. Y..Y...Y...Y...Y... El barquito que unos niños sueltan y que otros roban. El tartamudeo que queda después de la orgía sacrificial de la modernidad. El escándalo de la revelación: “De una parte, el Otro siempre está muerto; de la otra es indestructible”. El murmullo de los espectros. El eco de las voces muertas. “muertos podremos ser, mas no vencidos / ni los ánimos libres oprimidos”. La profecía del siglo XX (Borges) descifrada en el siglo XVI (Ercilla): el esperado fruto de esta tierra...